PRESENCIA SACERDOTAL EN LA GUERRILLA

El testimonio del Padre Rogelio Ponselle, recogido y redactado por María López Vigil, la coautora de Un tal Jesús plantea el caso y la solución de la presencia y participación del sacerdote en la lucha de los movimientos revolucionarios. No se trata de una discusión teórica sino de la descripción y justificación de una praxis bien precisa, mantenida por más de diez años.

Conocí a Rogelio ya en los años setenta, unos años después de su llegada a San Salvador. Le conocí asistiendo a clases de teología, a las que venía, junto con otro sacerdote belga, Pedro, con más de cincuenta seglares de la colonia Zacamil, en la que trabajaban pastoralmente. Por esos años las clases de teología a los seglares, que ofrecía la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", se orientaban a mostrar la dimensión histórico-social, política, de la fe para iluminar el compromiso cristiano en una situación tan desesperada como la de El Salvador. Buscaban los sacerdotes de la Zacamil junto con los dirigentes de las comunidades mayor iluminación bíblica y teológica, persuadidos de que la fe cristiana, debidamente iluminada, lejos de desvirtuar el compromiso social, lo fortalece y lo orienta. Aunque en el libro no aparece resaltada esta etapa de formación teológica de la comunidad de Zacamil, pienso que no fué inútil, aunque pudiera haber sido tachada en algún momento de académica. La verdad es que fueron muchos los que asistieron a bastantes cursos durante bastante tiempo.

Recuerdo también que un día fuí invitado a hablar en la propia comunidad de Zacamil. Recuerdo bien el tema: cómo se podía vivir cristianamente en una situación, en la que si no se tienen suficientes recursos materiales, uno queda aplastado. Les propuse como solución el vivir en comunidad. Si se juntaran varias familias en comunidad, salvado su carácter familiar, de modo que hubiera una comunidad de bienes, sería más fácil de superar las soluciones individualistas, en las que la ocupación se ve regida no por la vocación cristiana sino por la necesidad de trabajar en función del lucro.

S. J.

Cuando ya se desató la represión masiva, Rogelio me pidió que le dejara un aula de la Universidad para una reunión de su comunidad, ya mucho más comprometida con la organización popular. Se la dejé a condición de que la reunión tuviera la orientación de la parroquia, lo cual no excluía el compromiso político, pero lo configuraba en la dirección del Reino de Dios. Fue un día memorable en la universidad pues la Policía Nacional empezó a disparar dentro del campus y asesinó a un estudiante inerme que salía de ella, sólo con libros en la mano. Los de Rogelio, como era ya habitual, habían venido con su propia defensa y probablmente en defensa propia utilizaron también armas cortas. Esto ocasionó uno de los más duros enfrentamientos de nuestra universidad con la Junta de Gobierno, en la que ya estaba Napoleón Duarte. El gobierno había dado una versión falsa de los hechos y al reclamársele este proceder, Napoleón Duarte, aun admitiendo que la policía había disparado sin razón alguna y que había mentido en su informe público contra la víctima indefensa, afirmó en un primer momento que "por razones de Estado" no podía contradecir ese informe y no podía acusar a la policía de haber asesinado a un estuliante sin motivo alguno.

Eran momentos difíciles y decisivos, esto es, momentos que exigían decisiones radicales. La protesta popular organizada, en vez de ser escuchada, empezaba a ser masacrada. Apenas quedaba lugar para la no violencia activa, el ideal que Rogelio había perseguido. Sobre todo para quienes trabajaban más cerca de las organizaciones populares, quedaba todavía un espacio menor. Rogelio lo expresa bien en su libro: primero fueron los pastores los que se pusieron delante del pueblo y lo orientaron para hacer de la salvación cristiana una salvación histórica, de la liberación cristiana una liberación histórica, pero después fueron las ovejas, fue el pueblo, el que se puso delante de los pastores. Se lanzó a la lucha y exigió que los sacerdotes les acompañaran en ella. Esto se hizo según distintos modelos.

Uno de los modelos consistió en ayudar al pueblo y alentar a las organizaciones populares pero desde fuera de ellas. Los casos más llamativos de estos modelos los repre-

S. J.

sentan Mons. Romero y el Padre Rutilio Grande a la cabeza de la mayor parte de los sacerdotes mártires. La autenticidad e importancia de su compromiso están refrendadas por su sangre. Desde el evangelio y sólo con el evangelio se dedicaron a defender pastoralmente la causa del pueblo. Con ello no sólo anunciaron la fe y promovieron la justicia sino que incidieron de tal forma en la historia, que el pecado de la historia no los toleró. Lucharon religiosa, pastoralmente contre el pecado estructural y el pecado estructural los asesinó. Su objetivo no era formalmente cambiar las estructuras políticas sino cambiar las estructuras de pecado. Lo que pasó es que materialmente estas estructuras coincidían y, por eso, haciendo una labor estrictamente religiosa hicieron también una labor política o, mejor, una labor socio-histórica. Pero lo hicieron autónomamente sin subordinarse a ninguna organización. Consideraron que desde la Iglesia misma se debiera hacer esta labor y que desde la Iglesia se podía hacer esta labor.

Hubo otro modelo. El de los sacerdotes que pensaron era necesario afiliarse y enrolarse en una de las organizaciones populares y, después, en alguno de los grupos político-militares. Este modelo admitía diversas variantes. La variante principal surgía de considerar que lo más importante y más cristiano era ponerse al servicio organizativo, político y aun militar de la organización, aun sin llegar necesariamente al caso del cura-guerrillero, que se dedicara fundamentalmente a combatir con las armas. Pero hubo otros que entendieron esa variante de distinto modo: lo más importante y más cristiano era llevar el vigor de la fe, de la esperanza y de la caridad cristianas a las gentes que luchaban, dejando las tareas organizativas, propagandísticas y militares a otros compañeros. En esta línea se situó preferencialmente Rogelio, representando así un término medio, en cuanto a la acción pastoral, entre las otras dos formas de conbebir el compromiso sacerdotal. El testimonio de su libro no deja dudas sobre esto. Rogelio no sólo no ha abandonado el ministerio sacerdotal sino que sigue empeñado en un sacerdocio ministerial, incluso cultual, sólo que acomodado

S. J.

a la situación de guerra, que le toca vivir día a día. Por eso su vida, como la de sus compañeros representa una presencia sacerdotal en la guerrilla, que de ningún modo es una presencia guerrillera.

Esta presencia sacerdotal en la guerrilla tiene unos supuestos muy claros. Primero, la fe cristiana tiene un valor salvífico universal, sin el cual ninguna salvación ni liberación pueden llegar a todo el hombre y a todos los hombres. Segundo, la fe para ser históricamente salvífica debe encarnarse en cada una de las situaciones. Tercero, la fe cristiana, sobre todo, en situaciones de injusticia estructural, tiene que incorporar formalmente la lucha por la justicia. Cuarto, la lucha por la justicia, implicada en la fe cristiana, lleva inexorablemente a una activa opción preferencial por los pobres. Quinto, los movimientos populares, aun los armados, tienen derecho a una plena asistencia sacerdotal, máxime cuando la mayor parte de la pueblo incorporado a él, es profundamente religioso y ha ido a la lucha movido por su fe y en parte impulsado por la predicación auténtica de esa fe. Sexto, ciertas prescripciones canónicas y aun ciertas actitudes de los ordinarios deben subordinarse, en casos extremos, a las necesidades y exigencias de unas ovejas que se encuentran sin pastor, más por prejuicios ideológicos o por miedos inconfesados de los pastores, que por deseo de esas ovejas o por razones objetivas. Séptimo, es más conveniente que el sacerdote no aparezca como gestor de la violencia y, en ese sentido, no debe hacer uso de las armas, ni siquiera en su propia defensa. Octavo, el compromiso con la justicia y la lucha del pueblo no debe llevar a abandonar ninguno de los elementos básicos de la fe cristiana, antes debe llevar a ahondarlos y vivificarlos. Noveno, en cuanto es posible el sacerdote en la guerrilla debe mantenerse en comunión con el resto de la iglesia, de otras comunidades, de otros sacerdotes y también del cuerpo episcopal.

Todos estos supuestos se verifican en el caso de Rogelio, como se patentizan, no sin contradicciones y dificultades a lo largo de su experiencia narrada en este libro.

S. J.

El lector podrá comprobarlo. "Nuestra posición frente al FMLN es de independencia y de coordinación...Pero la decisión sobre la vida de las comunidades es de la Iglesia" (p. 109), aunque a veces la vanguardia del pueblo quieren conducir las cosas de la fe en cuanto la fe forma parte de la conciencia del pueblo.

Un caso especial lo representa su relación con los obispos. Por un lado, se percibe en la narración el gran respeto de la gente más popular con los obispos, no por ser tales o cuales, sino por ser obispos. Este respeto llega a veneración cuando el obispo, además de serlo, se entrega de lleno a los pobres, como sucedió con Mons. Romero. Pero, por otro lado, está la realidad de que algunos obispos no entienden la realidad de los movimientos revolucionarios y quieren separar cualquier presencia eclesiástica de lo que huela a revolución, especialmente si es marxista-leninista. Ante esta situación los curas en la guerrilla se consideran estar en caso de extrema necesidad y siguen adelante con su ministerio sacerdotal, no sólo al margen de su obispo canónico sino en contra de él. No tiene sentido en caso de la guerrilla hacer de una circunscripción eclesiástica, que no coincide con el espacio de la guerrilla, el argumento decisivo para ejercitar o no el ministerio sacerdotal. No por eso se rompe con el cuerpo episcopal y menos con la Iglesia, ya no digamos con Jesús muerto y resucitado. Sacerdotes, como Rogelio, no sólo no rechazan el ponerse en relación con los obispos y con el cuerpo presbiteral, sino que lo buscan denodadamente. Algunos obispos, a su vez, tienen suficiente comprensión con ellos. Así piensa Rogelio que es el caso con Mons. Rivera y Damas, aunque con Mons. Romero el arreglo era todavía mucho más intenso.

Tuve la ocasión de estar presente en el encuentro del Padre Rogelio con Mons. Rivera y Damas, que se narra en la página 62 del libro. Fue en la zona de Guazapa con ocasión de las conversaciones que se tuvieron con los mandos comandantes guerrilleros de la zona, en la que se encontraba la hija secuestrada del presidente Duarte, por cuya libertad trabajamos especialmente Mons. Rivera y yo. Habíamos llegado junto con

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

el padre Jon de Cortina a lo que era entonces territorio prácticamente controlado y ocupado por la guerrilla desde las últimas calles de Suchitoto. Al llegar a la zona controlada fuimos recibidos primeramente por una posta, que nos acompañó camino adelante hasta llegar a Aguacayo. Todas las casitas tenían destruidos sus techos por los bombardeos y en la plaza del pequeño cantón una iglesia bastante amplia tenía también totalmente destruido su techado. El FMLN, antes de ponerse a discutir el caso de la hija del presidente, recomendó al arzobispo que se tuviera un acto religioso en el que pudiera ponerse en contacto con los pobladores del lugar. Eran unos pocos centenares. El arzobispo aceptó. La gente ya estaba reunida delante de la Iglesia en ruinas. Entonces se presentó el momento crítico. Apareció el Padre Rogelio para dirigir la celebración de la palabra. Fue un momento crucial. ¿Qué haría Mons. Rivera? Ante todo, le saludó afectuosamente. Más aún aceptó participar en la celebración de la palabra, presidida por él pero dirigida por el Padre Rogelio. Predicamos los tres y en su alocución Mons. Rivera se refirió varias veces a lo acertada que había estado la predicación del Padre Rogelio. El mensaje fundamental de éste era el de despertar y sostener la esperanza de un pueblo acosado por la tempestad como la barca de Jesús en el evangelio. No hubo aprobación directa y generalizada de la actividad sacerdotal del sacerdote en la guerrilla, pero hubo comprensión y apoyo a una labor pastoral cuya fundamentación cristiana era indudable. Tras la celebración ambos se despidieron cariñosamente. Las llamadas masas del FMLN necesitaban ayuda pastoral, acompañamiento en su fe y en su sufrimiento. Y sobre el terreno quemado y agujereado de Guazapa sólo sacerdotes como Rogelio, fieles al evangelio, fieles al pueblo y fieles a la Iglesia podían desarrollar esta labor.

A lo largo de todo el libro queda patente que la misión de estos sacerdotes en la guerrilla es no sólo fundamentalmente cristiana (opción preferencial por los pobres totalmente encarnada, anuncio de la fe y entrega total a los demás) sino formalmente sacerdotal. La predicación de la palabra y su reflexión comunitaria es lo que más

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

resalta en esta pastoral, pero también la celebración de la eucaristía y una cierta vida sacramental. A partir de una profunda disponibilidad y desde una iluminación e inspiración cristiana que va desde el Exodo a la muerte y resurrección de Jesús, esta presencia sacerdotal en la guerrilla acompaña, anima, corrige y alienta, perdona, hace visible la gracia de Dios. El testimonio resultante es extraordinario y la credibilidad ganada ante los revolucionarios resulta indiscutible. Contrarrestan así otras palabras y testimonios, también sacerdotales, que se enfrentan ciegamente con el movimiento revolucionario y se aproximan a otras posiciones políticas y aun partidistas.

No es que los movimientos revolucionarios tengan dogmáticamente establecida la incompatibilidad de fe y revolución, de cristianismo y marxismo. Ciertamente se da toda una serie de dirigentes, que se han adscrito totalmente al marxismo y han abandonado cualquier práctica religiosa cristiana. Y esto, como lo testimonia este mismo libro, no deja de repercutir en gentes sencillas del pueblo, cuando ven a sus líderes respetuosamente ateos. A veces parecería que la fe es sólo para las masas y que la ciencia es para los dirigentes. Pero hay dos hechos iniciales inobjetables: la mayor parte de las masas se acercaron a la revolución desde una necesidad de justicia, desperatada y alentada por una nueva predicación de la fe y algunos de los principales dirigentes de la nueva etapa de la revolución fueron también profundamente critianos. Lito Arce Zablah, Lil Milagros Ramírez y Felipe Peña son algunos de ellos. La fe cristiana comprometida no sólo no frenó el movimiento revolucionario sino que lo impulsó. La praxis viva superó claros prejuicios de la teoría.

He tenido ocasión de discutir este punto con uno de los comandantes considerados más duros, Joaquín Villalobos. En el libro de Rogelio no aparece como el comandante intransigente e inmisericorde, como lo pintan sus enemigos; más bien aparece como un hombre humano, intensamente preocupado por sus fuerzas y sus masas, deseoso de encontrar una solución definitiva a la injusticia estructural del país, que vive la lucha

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

diaria codo a codo con su gente. Como quiera que sea, la discusión con Joaquín Villalobos, lejos de mostrar incompatibilidad de la fe con la revolución y del cristianismo con el marxismo, indica todo lo contrario. Sostiene Villalobos que América Latina es a la vez un continente profundamente cristiano en sus masas populares y es asimismo profundamente revolucionario. Ese momento de fe es patrimonio del cristianismo y ese momento revolucionario es patrimonio del marxismo. Pero los dos tratan de confluir en el respeto al pueblo. Como en el caso de los sandinistas, los revolucionarios salvadoreños no se sienten a gusto con la enseñanza de un marxismo ateo, contrario a la religión, cuando la práctica les ha demostrado que no toda religión es contraria a la revolución y, mucho menos, a la causa popular. Quisieran, en consecuencia, elaborar una forma de marxismo, que no tocara para nada la fe del pueblo y su profundo apego a las cosas de Dios.

Hay aquí un problema de gran envergadura, un problema de perestroika, anterior a la de Gorbachev. Nicaragua hizo su perestroika teórica y práctica, antes de que a los soviéticos les viniera la idea de hacerla. La praxis de Nicaragua con la unión de sandinistas, marxistas y cristianos, obligó a repensar no sólo la formulación de la fe cristiana sino también la formulación del marxismo y, sobre todo, del leninismo. En este punto la teología de la liberación tiene mucho que hacer. En una discusión con los más altos dirigentes de las FPL, en la que estaba presente Mons. Rivera con ocasión del canje de la hija del presidente Duarte, hubo ocasión de exigirles a los revolucionarios que hicieran una relectura latinoamericana del marxismo como los cristianos latinoamericanos habían hecho una relectura de la tradición cristiana desde la experiencia de América Latina. No otra cosa es la teología de la liberación. Los marxistas revolucionarios no dogmáticos han hecho una redefinición de su praxis en este punto, pero no han hecho todavía su propio marxismo latinoamericano. Decir que esto no es posible porque el marxismo y el leninismo son una ciencia universal, sería caer en un infantilismo teórico. No hay ciencia social que no deba cambiar, so pena

S. J.

de dejar su carácter de ciencia, su propio dinamismo científico. Lo que sucede es que la perentoriedad de la praxis militar y política no les deja tiempo para la reestructuración teórica. La revolución centroamericana, que ha roto tantos tabús, bien pudiera dar paso a nuevas formulaciones teóricas. Si de verdad responden a la praxis, cierrtamente quedarán desvanecidos muchos prejuicios y aun se podrá llegar a la conclusión de que una revolución sólo podrá ser auténticamente latinoamericana, si se deja impregnar profundamente por la religiosidad popular y por su expresión más pura en la fe cristiana. No sería de los menores frutos de esta siembra de dolor y muerte, de miseria y de injusticia, que ha venido dándose en El Salvador y en casi toda Centroamérica, el que se llegase a una reestructuración profunda de cómo ha de pensarse y realizarse el marxismo en esta región y de cómo ha de pensarse y realizarse el cristianismo. La praxis va bastante avanzada en cuanto a las relaciones, pero la teoría y el proyecto dejan todavía mucho que desear. Puede parecer extraño pero es un hecho comprobable que el marxismo ha aportado cosas importantes al cristianismo entre nosotros, pero es también un hecho que el cristianismo ha hecho también su aporte importante al marxismo. En otro lado he esquematizado este problema (cfr. "Theologie der Befreiung und Marxismus" en Rottländer, P. (ed.) Theologie der Befreiung und Marxismus, Münster 1986, pp.77-108), pero la acción de los sacerdotes en la guerrilla, tal como se refleja en este libro, lo muestra muy en vivo. Pueden darse peligros y errores. Pero parece que son más los bienes que los males, los aciertos que los errores.

En este mismo contexto se plantea el problema de la violencia. En el libro del Padre Rogelio se parte de la negación de la violencia como medio cristiano para luchar contra la injusticia. El mismo señala cómo su ideal era representado por Martin Luther King. Cuando la experiencia va mostrando cómo los opresores no sólo se endurecen frente a los no violentos sino que los masacran, empiezan a aparecer las dudas. El pueblo no ve salida por los recursos democráticos ordinarios; más aún, se le cie-

ARCHIVO HISTÓRICO ELLACURÍA S. J.

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

rran todas las salidas, incluso para defender su propia vida, si es sospechoso de buscar un cambio revolucionario. Ante esta situación, los marxistas revolucionarios definen dogmáticamente que sólo la violencia armada llevará al pueblo al poder; ven en la situación no sólo una comprobación de su teoría sino un aliciente para ponerla en práctica. Para los cristianos, en tanto que cristianos, la cosa no es tan clara: por encima de la toma del poder está el bienestar de las mayorías populares y , en el mejor de los casos, el problema de la violencia hay que enfocarlo no desde la fiebre de la lucha sino del claroscuro del mal menor. Poco antes de la ofensiva final, que tendría lugar a principios de 1981, un grupo importante de cristianos defendió la legitimidad de la insurrección popular y de la lucha armada. Ya no estaba vivo Mons. Romero para matizar y apoyar esta posición. Pero aún así, hombres como el Padre Rogelio, precisamente por su condición de sacerdotes, aceptaron la legitimidad en el caso de El Salvador de la lucha revolucionaria armada,pero decidieron no participar en ella con las armas en la mano. Cargaron con todo el peligro de la lucha armada y no se defendieron armados, ni siquiera contra quienes armados ponían en peligro su propia vida. Es todo un testimonio tanto a la hora del acompañamiento como a la hora del modo no armado de ese acompañamiento. Su no violencia prueba los daños de todo tipo que se siguen de ella, su acompañamiento prueba la necesidad de seguir al pueblo y a su vanguardia, cuando ellos en conciencia adoptan el camino de las armas.

Se trata de un discernimiento cristiano, de un discernimiento comunitario. No se trata de la aplicación de unas reglas fijas, por más que se las tenga en cuenta. Los obispos nicaraguenses habían apoyado la insurrección armada sandinista, Pablo VI y Medellín habían recogido la tesis tradicional de cuándo puede legitimarse una insurrección popular. Pero aquí pudo más la necesidad de acompañar a unos cristianos a quienes el contexto socio-político y su vocación cristiana les había llevado a poner en juego su vida por la liberación de los demás. Quizá gracias a ellos y a quienes los acompañaron sacerdotalmente ha ido madurando la idea de que ha de terminarse

S. J.

cuanto antes con la violencia y de que, mientras ésta dure, ha de suavizarse al máximo para que no haga daño mayor del necesario ni a las víctimas de la violencia ni a quienes la perpetran.

La experiencia corrida en estos años de violencia en El Salvador lleva a ser muy cauto con el problema de la violencia. No se puede ser ingenuo con ella. No se puede decir sí o no sin más. Y esto tanto por razones políticas, como sobre todo por razones éticas y cristianas. Sobre todo no puede caerse en la trampa de pensar que la violencia revolucionaria es el origen de la violencia y su muestra más negra. La verdad es que en El Salvador, como en tantos otros sitios, todo empieza por la violencia estructural, por las estructuras de pecado, cuyo concepto ha recogido Juan Pabllo II de la teología de la liberación, sigue por la violencia represiva y acaba enfrentándose con la violencia revolucionaria, respuesta activa a las otras formas de violencia. La violencia revolucionaria sigue siendo una tentación y un peligro. En El Salvador ha traido males y bienes. Quizá se está llegando al momento en que los males pueden empezar a ser claramente mayores que los bienes. Es un desafío con el que se encuentra actualmente el movimiento revolucionario, con los cristianos que lo acompañan y con los sacerdotes que conviven con él. Pero para decir una palabra creible en este punto es muy importante la credibilidad alcanzada por quienes lo arriesgaron todo y por quienes viven más de cerca el sufrimiento del pueblo que padece la guerra. La obra divina no está tanto en hacer sino en hacer que se haga, porque la gracia que viene de fuera siempre florece dentro. Quizá sin saberlo, ejemplos como los del Padre Rogelio son los que pueden ayudar a tratar sin hipocresía, que favorecen el orden establecido y la propia seguridad, el difícil problema de la violencia (cfr. Ellacuría, I., "Il lavoro non violento per la pace e la violenza per la liberazione", Concilium, 161988, pp. 99-110).

Lo más importante sigue siendo no la discusión teórica sino la vigorización de la fe y de la vida de los más pobres, a quienes, cuando la Iglesia se entrega preferen-

ARCHIVO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

cialmente, sale convertida y santificada. Entre el Rogelio perdido en un colegio de Bélgica donde no encuentra mucho sentido a su acción sacerdotal y el Rogelio de Zacamil y de Morazán no hay sólo una gigantesca diferencia personal sino también una profunda diferencia categorial. El punto es todavía más llamativo si comparamos a su tío obispo en el Zaire, que nunca quiso a los negros y al sobrino, cuya vida y apostolado se centra, no en los ricos de El Salvador sino en los pobres, pero no en los pobres pasivos conformes con su suerte, sino con el pueblo que, al modo del Exodo, busca su liberación. Las razones de este cambio son evidentes. Dedicado a evangelizar a los pobres es inmediatamente evangelizado por éstos. Los pobres resultan los verdaderos evangelizadores de los sacerdotes en razón de la promesa de Jesús, según la cual se asegura su presencia histórica entre ellos. Es el Jesús de los pobres y en los pobres quien evangeliza y santifica al resto de la Iglesia, no excluidos los sacerdotes y los obispos. Un caso todavía más llamativo es el del propio Mons. Romero, que en este libro aparece en su doble etapa de reserva y distancia ante la Iglesia popular y de pastor que da su vida preferencialmente por los pobres.

El resultado de todo esto es una espantosa persecución. Van cayendo los mejores, los primogénitos elegidos por Dios para dar testimonio con su sangre. El libro los recoge por su nombre. Son miembros de las comunidades de base, son sacerdotes, es hasta el propio obispo Romero. Con ellos miles de salvadoreños. Lo decía Mons. Romero: sería triste que cuando asesinan a miles de los más pobres, no cayeran asesinados también algunos sacerdotes. Significaría esto que los sacerdotes no estaban con su pueblo, que no eran verdaderos pastores sino mercenarios, que huyen ante el peligro. Gracias a Dios no fue así. Y aunque fueron muchos los sacerdotes, los religiosos y los obispos, los que se pusieron a resguardo, los que callaron ante el genocidio, hubo algunos sacerdotes, religiosos y aun algún obispo, que no lo hicieron así. Generosamente el pueblo ha tomado más en cuenta a quienes siguieron con él hasta el calvario que a quienes lo abandonaron en las primeras estaciones e incluso lo traicionaron. La cre

dibilidad de la Iglesia quedó a salvo. Sólo quedaron escandalizados quienes quieren conservar la riqueza y la religión, el poder y el cristianismo, los que no quieren perder su vida para ganarla. Pero esto ya quedó anunciado en el evangelio de Jesús.

Uno de los miedos que tiene la Iglesia con este tipo de compromiso es que se acabe perdiendo la fe, la especificidad cristiana, la peculiaridad sacerdotal. Más de una vez ha ocurrido así. Antiguos delegados de la palabra, antiguos religiosos, parecen haber perdido la fe y, desde luego, todo tipo de práctica formalmente religiosa. Han hecho de la revolución su moral y su religión, han dejado la fe en Dios por la fe en el pueblo. Pero no siempre ha sido así. No tiene por qué ser así. Este libro muestra cómo, al contario, es necesario recurrir a Dios, en la biblia, en la eucaristía, en la oración, en las celebraciones religiosas, para encontrar sentido a la vida y para dar espíritu a la revolución. Se necesita para ello mucha madurez, mucha gracia de Dios, haber sido elegido para trabajar en la frontera donde un paso en falso puede llevar a la pérdida de la propia identidad. La experiencia de algunos sacerdotes en la guerrilla nos demuestra que esto es posible. No es fácil, pero es posible. Más aún, es necesario. Una revolución cerrada sobre sí misma, una revolución absolutizada, acaba siendo una revolución deshidratada, desmoralizada. Una revolución tan dura como la de El Salvador presenta problemas y déficiencias que no escapan a un sacerdote, que últimamente ve las cosas desde el seguimiento de Jesús. Tal sacerdote tiene que ser también levadura en esa masa. No debe pretender ser vanguardia, pero sí levadura. Levadura que anima, que sostiene la esperanza, pero levadura que también purifica. Sal y luz, pero operando desde dentro, operando desde abajo. De ahí el esfuerzo porque la levadura sea levadura, porque la sal no se vuelva insípida, porque la luz no pierda su brillo. No sólo de revolución vive el pueblo, a no ser que la revolución integre la humanidad, la espiritualidad, que ya está en el pueblo, pero que debe ser cultivada, fortalecida, consolidada. Quizá la Iglesia ha hecho todavía poco en esta tarea tan difícil, que le asusta y para lo que no tiene ni los hombres ni los instrumentos adecuados.

ALFONSO IGNACIO ELLACURÍA S. J.

No todo lo escrito en el libro es del agrado de la dirigencia del ERP. La iniciativa de escribirlo no partió de los comandantes sino de una gran periodista, María López Vigil, atenta y sensible a la causa del pueblo y a la causa de Jesús. El candor de la narración es notorio y lo es su autenticidad. La realidad queda vista por los ojos de un sacerdote, que no sabe de política, que no sabe de las exigencias de la lucha armada. Esta realidad es vista desde otro ángulo por la comandancia guerrillera. Pero ésta no ha puesto vetos ni correcciones al testimonio de un observador, que implícitamente descubre algunos de los puntos flojos tanto del proceso revolucionario como de la situación de la guerra en Morazán. Cuando Rogelio hizo su confesión y dio su testimonio hacía algunos meses, que había dejado la zona y había estado en Europa viendo las cosas desde otra perspectiva. Ya de regreso en Morazán tuvo la intención de corregir algunas de sus apreciaciones. Pero el libro estaba ya en prensa. Habent sua fata libelli, la fuerza del destino está a veces por encima de la voluntad del autor. Aun en tiempo de dura lucha, aun en el marco de una gran preocupación por la batalla ideológica, el ERP ha mostrado en esta ocasión su voluntad de pluralismo, su respeto por quien les ha sabido respetar. Algunos pensarán que se trata de un relato ingenuo, aplicable en el mejor de los casos al pequeño microcosmo de las montañas al norte del Torolo y esto desde el punto de vista religioso y no desde el punto de vista político. Puede haber cierta dosis de verdad en esta sospecha. No toda la Iglesia en todas las partes puede repetir la experiencia de este sacerdote y la de sus compañeros. La solución del problema de El Salvador en sus vertientes militar, económica, política, cultural, etc. desborda el planteamiento de quien tiene todo su esfuerzo puesto en evangelizar y vivificar a [illegible] veinte mil campesinos, atrapados tanto por la miseria como por una guerra desoladora. Pero lo que le falta a la experiencia de categorización interpretativa le sobra de simbolismo iluminador. Tanto la revolución como la Iglesia tienen mucho que aprender de lo que aquí se cuenta, sobrepasando limitaciones y atendiendo a lo fundamental.

S. J.

UCA editores, la editorial de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" que ha publicado este libro, lo ha hecho también con otros similares. Entre otros testimoniales en lo religioso La fe de un pueblo (1983) y Don Lito de El Salvador (1987), desde la perspectiva de médicos que también acompañan a la guerrilla Guazapa (1984) y Por los caminos de Chalatenango (1988), desde la perspectiva propiamente guerrillera y combativa Apuntes de una historia de amor que no fue (1987), No me agarran viva (1987) y Nunca estuve sola (1988). Son textos vivos, textos fontanales para entrar de lleno en la historia actual del pueblo salvadoreño. Leidos sin pasión muestran luces y sombras en el movimiento revolucionario, pero muestran también la negrísima oscuridad de la otra parte del país. Tal vez a esta literatura testimonial, con toda la subjetividad que necesaria y venturosamente la caracteriza, pueda aplicarse el texto inicial de la Constitución pastoral del Vaticano II, Gaudium et spes : "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos y las esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo". Podría irse más lejos y decir que son los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias del mismo Cristo, que prometió estar, bien que incógnita e invisiblemente, tras esos gozos y esperanzas, tras esas tristezas y angustias.

No se trata de idealizar románticamente lo que está ocurriendo en las montañas de Chalatenango, de Morazán, de San Vicente o en las llanuras de Usulután y en tantos y tantos otros sitios del país. La crispación, la violencia, el voluntarismo, la pérdida de visión objetiva florecen por doquier. Pero todavía sobrevive la esperanza. La esperanza de que el Reino de Dios se haga realmente presente y operante entre los hombres, en la historia de El Salvador. Un Reino que no se identifica con ningún proyecto político, pero que rechaza algunos proyectos políticos determinados y orienta utópicamente hacia un proyecto histórico mucho más conforme con los valores del evangelio. A ello está contribuyendo esta iglesia desterrada, que ha decidido hacerse presente sacerdotalmente en la guerrilla.

San Salvador, Junio, 1988

S. J.